XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

RESPONSABILIDAD Y COLABORACIÓN CON DIOS

Padre Pedrojosé Ynaraja

Piensan muchos que lo más difícil de cumplir en el ámbito de la moral cristiana, son sus normas respecto a la sexualidad, al respeto a la vida del no nacido o a la indisolubilidad del matrimonio. No dudo que son preceptos importantes y que deben resultar, en algunos casos, difíciles de cumplir, ahora bien, os aseguro, mis queridos jóvenes lectores, que la enseñanza evangélica más exigente, deriva de la parábola de los talentos que se proclama en la misa de este domingo.

El talento era una unidad monetaria no acuñada. Algo así, para que me entendáis, como para nosotros es el lingote. Tuve ocasión una vez de ver algunos. Seguramente muchos de vosotros no, pero lo habrá visto fotografiado o por TV. Es un objeto semejante a un pequeño ladrillo macizo, donde grabado en su superficie consta su peso y su ley. Estoy pensando en lingotes de oro. El valor de la preciosa barra, dependerá de lo que establece el mercado diario de este metal, pero sabemos que, tratándose de oro, siempre será elevado.

El talento al que se refiere el evangelio, corresponde a algo más de 34 Kg. No es, pues, una moneda acuñada, solo he tenido ocasión de ver uno en el museo del monasterio de Montserrat. El buen monje P. Ubach, a principios del siglo XX, viajó por el Oriente próximo en plan de estudios y de acaparar todo lo que resultara útil para el conocimiento de la Biblia. Deben existir en la actualidad pocos, pienso yo, pues no he visto otro igual y este mismo lo he visto en alguna exposición, prestado por la misma comunidad. Se trata de una piedra tallada, esta sí del tamaño de un ladrillo grande y macizo. En un plato de la balanza se ponía este objeto y en el otro se iban depositando monedas u objetos de oro, hasta conseguir el equilibrio. Podéis imaginar el gran valor que tendría esta unidad, dado el precio siempre elevado del oro. Ya que casi nadie tiene ocasión de ver talentos de época bíblica, y para mejor entendimiento de la parábola, algunas traducciones ponen en su lugar millones de la moneda en curso. Acertada estratagema, no lo dudo.

Cambio de tercio y abandono el terreno anecdótico.

El talento es un símbolo, imagen de los dones que recibimos de Dios y hay que considerar el valor que tienen de acuerdo con la economía del Reino, no de la fama que otorguen.

Vuelvo a lo que os explicaba antes. El valor de un lingote no es fijo, depende cada día del mercado. (os advierto que se han abandonado en la actualidad, como reserva, los lingotes de plata, pero que en la Biblia aparecen mencionados. En las cámaras acorazadas de los bancos centrales, no cabrían los de este metal, si quisieran conservarse como depósito estatal).

Todos los seres humanos recibimos dones y los poseemos y conservamos, si no los desperdiciamos. El don de la gracia infantil es muy preciado, aunque parezca pequeño, ya que puede alegrar la tristeza de un anciano arrinconado. El encanto y delicadeza de una joven, es de gran valor en las relaciones sociales. El ingenio mental, la facilidad para aprender lenguas, la sensibilidad artística o la capacidad de asimilar fórmulas matemáticas y operarlas, también la habilidad manual, son dones de Dios, a través de la naturaleza.

La Fe viva recibida en la infancia, la piedad respirada desde el nacimiento en el seno de la familia o la generosidad ante cualquier indigencia, son dones ya más directos recibidos de Dios.

Fijaos que no me he referido a cualidades que en nuestro mundo se aprecian mucho y se homenajean. Los triunfos deportivos, la riqueza acumulada, el poder o el atractivo físico, pueden ser de poco valor, si los referimos al Reino. En plan irónico se puede decir de alguna chica que era tan pobre, tan pobre, que no era más que guapa. O uno tan pobre, tan pobre, que no tenía más que dinero. O un guaperas tan pobre, tan pobre, que solo era eso, guapo y presumido, pero que se lo cree.

Quien es joven, valor tan apreciado hoy, debe ser consciente de que su juventud es transitoria, que debe aprovechar estos momentos que se cotiza en alza, para invertirlos en ayuda a desamparados, a marginados, a deficientes, en ofrecer con su rostro el atractivo simpático y juvenil de la Fe y de la Iglesia, tan desmejorada por los media hoy en día .

La juventud pasa y pretender darle valor perpetuo, creerse joven sin serlo, es querer coger el tren en marcha, sin conseguirlo.

Reconocer la propia simpatía y gracia, exige ponerla a disposición de Dios y de la comunidad eclesial. Si se desperdician estas cualidades o dones, pueden derivar a antipático orgullo o a la ridícula vanidad.

Si se posee dinero, sea por el propio esfuerzo o por herencia, debe invertirse en obras o proyectos generosos. Uno debe ofrecer en caridad generosa, de acuerdo con lo que gasta para provecho propio.

Si uno sabe lenguas, posee títulos académicos que le abren puertas de ámbitos de influencia, tiempo libre pues sus cualidades mentales le permiten no estar agobiado por periódicos exámenes, si tiene vivienda amplia, con espacios libres sin utilizar… no debe vanagloriarse, debe sentirse responsable de lo que posee, no enterrar sus talentos como el mezquino servidos de la parábola.

He querido, y tal vez he acertado, describiros algunos de los talentos que podéis tener. Es preciso que con sencillez los reconozcáis, como María, que habla de su pequeñez de esclava, pero que con la misma sinceridad reconoce que todas las

generaciones la felicitarán. Es preciso que hagáis balance de vuestro almacén espiritual, anímico o corporal y a continuación os dediquéis a invertir lo que en vuestro interior encontréis.

Ahora que sois jóvenes aprovechad vuestras capacidades y sed generosos. Seréis santos jóvenes, como tantos fueron y ya han sido reconocidos. Si rehuís la responsabilidad actual, vendrán en la vida adulta situaciones en las que se precisa fidelidad, aceptar vidas no esperadas, respetar la propiedad ajena, pese a la posibilidad de aprovechar las ocasiones que posibilitan lucro mediante manejos corruptos. Acompañar y proteger a aquel de la familia que está aquejado de una enfermedad crónica o degenerativa y en estas aparentemente situaciones grandes, sabréis acumular talentos para ofrecérselos al Padre el día del Gran Encuentro.

Siendo fiel las exigencias que en vuestra juventud encontréis y de las que podéis ser premiados en la misma juventud, si se os llamara ahora a la casa del Padre, o os si sigue conservando la vida y enriqueciéndoos con su Gracia, estaréis preparados para las grandes decisiones. Sobre el egoísmo no se edifica nada de valor eterno.